

Ariel

SEMBRAR FUTUROS

UNA GUÍA DE RESISTENCIA
PARA LA ERA DEL ALGORITMO

EURÍDICE CABAÑES

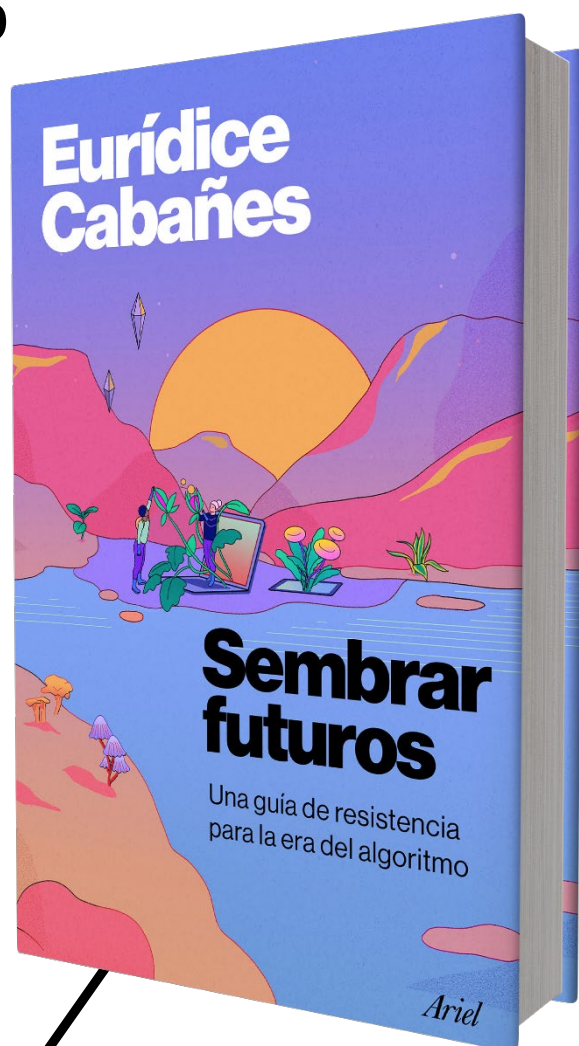
A LA VENTA EL 2 DE SEPTIEMBRE

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

Material embargado hasta su publicación

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Laia Barreda Vicent | RESPONSABLE DE
COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es



SINOPSIS

«Compra las uvas sin semillas, que así no se te atragantan.»

Consumimos fruta estéril, delegamos la memoria en la nube, dejamos que los mapas piensen el camino por nosotros y que los algoritmos anticipen qué queremos ver, comprar o desear.

Lo que parecía hacernos la vida más fácil empieza a volvernos incapaces de imaginarla de otra manera. Este libro recorre las heridas del capitalismo digital desde las minas de coltán y los centros de datos que devoran agua y energía, hasta las estrategias de las grandes tecnológicas que capturan nuestra atención, condicionan nuestros cuerpos y capitalizan nuestra intimidad. Eurídice Cabañes identifica las grietas del sistema, aquellos espacios donde lo humano y lo artificial pueden enlazarse en nuevas conexiones de ternura y justicia radical, y nos propone alternativas para recuperar la memoria, descolonizar el tiempo y construir tecnologías de la vida que cuiden, reparen y estén al servicio de lo común.

Porque el futuro no es lo que nos va a pasar, sino lo que todavía estamos a tiempo de sembrar.



©Jose María Cabañes

LA AUTORA

EURÍDICE CABAÑES es filósofa, profesora, activista, coordinadora de iniciativas de innovación social digital y asesora de instituciones y gobiernos. Trata de generar pensamiento crítico para un mundo digital en un recorrido de ida y vuelta entre la teoría y la práctica. En su labor de divulgación ha impartido conferencias, publicado artículos y libros, comisariado exposiciones y trabajado en incidencia en políticas públicas. Investiga cómo las tecnologías configuran imaginarios y vínculos, y explora su potencial para reescribir los códigos que sostienen lo posible.

ALGUNOS EXTRACTOS

INTRODUCCIÓN

«Somos huérfanas de futuro, despojadas de la posibilidad de inventar un mundo nuevo porque habitamos un colapso inminente. Una vez nos atraviesa, la sensación póstuma se instala en nosotras sin que podamos sacudírnosla del cuerpo, y no hay adónde huir ni dónde esconderse.»

«Los relatos sobre el futuro y el imaginario asociado a él están secuestrados. Aceptamos el colapso como horizonte cierto de nuestro futuro inminente mientras este, a la vez, se nos desvanece entre las manos. Uno de los efectos más devastadores de esta condición es la incapacidad de pensar en una agencia colectiva que posibilite procesos de cambio social. Nos han arrebatado la imaginación, la posibilidad de plantear cambios sistémicos que reviertan este rumbo o que nos permitan habitar el colapso de un modo que no se limite a la mera supervivencia.»

«En un mundo que parece colapsar, los discursos del miedo se convierten en herramientas poderosas para justificar la exclusión y la violencia hacia quienes ya han sido privados de sus derechos. Si cada vez una mayor parte de la población mundial va a quedar sin las garantías más básicas de protección, es conveniente poner el punto de mira en quienes ya carecen de ellas, y presentarlos como el problema de la sociedad y un peligro para el estado del bienestar. De esta manera, se desvía la atención del verdadero problema. Por ejemplo, si el problema es el acceso a la vivienda, los discursos desde el poder fomentan el temor a los okupas. De este modo no solo se desvía la atención de los fondos buitres y los grandes tenedores, o se inhabilita la acción colectiva que exigiría regulaciones y acción política, sino que, además, se impulsa la venta de alarmas y el gasto en seguridad.»

«La empatía no es solo un principio ético, sino una herramienta política esencial para contrarrestar los discursos del miedo y generar narrativas donde la justicia y el cuidado desarmen las dinámicas de exclusión y opresión. Cuando la violencia se estructura como norma, la ternura se convierte en un acto radical. Porque si los derechos no se extienden a todos, no son derechos: son privilegios. Y un privilegio no se defiende colectivamente; se acumula de forma individual, se teme perderlo, se justifica excluyendo a quienes no lo tienen. Por eso, apostar por el cuidado mutuo no es un gesto de bondad ingenua, sino una forma de resistencia activa contra la lógica de la escasez y el miedo. **Si nuestras vidas no importan para los sistemas que nos oprimen, debemos importarnos entre nosotros.**»

«Ante este panorama desolador, mi principal motivación es dotar de esperanza, de metáforas y prácticas que puedan servir de inspiración para recuperar los imaginarios de futuro de esta distopía a la que parecemos irremediabilmente abocados. Y hacerlo, precisamente, desde las tecnologías, que son herramienta y agente principal del colapso y la aceleración de las desigualdades, pero también oportunidad. **Este libro apuesta por preguntarse a quién benefician las tecnologías que nos rodean, y qué sistemas sociales, políticos, ecológicos o económicos podríamos imaginar de cara al futuro, así como qué tecnologías, existentes o imaginadas, podrán servir a esos nuevos horizontes.**»

«Escribo para repensar las tecnologías desde un lugar más justo, más tierno, más humano. Hay algo profundamente político en imaginar futuros. En un mundo donde la distopía parece ser la única narrativa posible, creo que es un acto radical abrir grietas en lo establecido y pensar en horizontes que integren la justicia y la ternura como principios rectores. Y cuando hablo de ternura, no lo hago desde un lugar de fragilidad o sentimentalismo; hablo de ternura como una fuerza política, como la capacidad de mirar al otro desde su vulnerabilidad y dignidad, de tejer relaciones de cuidado y reciprocidad en un mundo que nos empuja constantemente hacia la competencia y la individualidad.»

EL DIAGNÓSTICO DEL COLAPSO

«La lucha, por tanto, no es entre una inteligencia artificial neutral y otra sesgada, sino entre distintos proyectos de poder que buscan naturalizar su propia noción de lo legítimo, lo seguro y lo real como el lenguaje mismo de la tecnología. El caso de Grok, el *chatbot* creado por Elon Musk, es paradigmático. Su desarrollo ilustra un proyecto explícito de ingeniería epistémica. Según reportes internos, la directiva desde la cúpula fue clara: aplicar un «sesgo conservador» para contrarrestar lo que Musk denominaba el «sesgo woke» de la competencia. De igual manera, Israel adjudicó 6 millones de dólares a la firma estadounidense Clock Tower X LLC (que se suman a los 40 millones invertidos en Google y YouTube) para producir contenidos dirigidos a la generación Z (personas nacidas aproximadamente entre 1997 y 2012). Con ello pretende «influir en modelos de inteligencia artificial conversacionales como ChatGPT», optimizando mensajes, *prompts* y metadatos para que las respuestas de estos sistemas favorezcan narrativas proisraelíes que blanqueen el genocidio y reescriban la historia.»

«Cuando la ficción y la facticidad se difuminan, cuando la violencia de un juego y la de un bombardeo real comparten la misma resolución en pantalla, se produce un cortocircuito en nuestra capacidad ética y política. La empatía se satura, la indignación se comercializa y el horror se vuelve un contenido más en el flujo infinito del consumo digital.»

«Aunque siempre han existido formas de manipular la imagen, antes podíamos confiar en nuestros propios ojos, en los vídeos que nos mostraban, sin lugar a dudas, que algo había ocurrido de una determinada manera, y no de otra, hasta el punto de ser consideradas pruebas claras en un juicio. Hoy hemos llegado al extremo de poder comprar prótesis de dedos para que las imágenes de vigilancia en las que salgamos parezcan generadas por inteligencia artificial y, por lo tanto, sean inadmisibles como evidencia. En un mundo en el que las herramientas de vigilancia están al alcance de cualquiera y sirven también para documentar los abusos, **la estrategia no consiste en hacernos creer algo falso, sino en hacernos dudar de cualquier cosa que veamos, con el fin de mantener las riendas del discurso y el monopolio de la manipulación.**»

«La desinformación que campa a sus anchas por las plataformas digitales no es un simple ruido en el sistema o un fallo corregible. Por el contrario, es un producto perfectamente optimizado; **el resultado natural de un entorno diseñado para privilegiar la viralidad por encima de la veracidad, el impacto emocional por encima del rigor contextual.**»

«Esta economía de la atención premia lo que más engancha, y el mal lo sabe. Por eso la violencia, el odio y la discriminación rara vez se presentan en crudo. En lugar de eso, se empaquetan en formatos culturalmente seductores y fácilmente digeribles: memes

ingeniosos que banalizan el racismo, vídeos virales con una estética pulida que glorifican la misoginia, o narrativas conspirativas que se presentan como conocimiento prohibido para iniciados. **Es la estetización del mal:** un camuflaje que no solo hace el contenido más viral, sino que neutraliza nuestras defensas críticas. El mal se vuelve deseable, se disfraza de entretenimiento, de sátira transgresora o de crítica antisistema. Si lo criticas es porque no entendiste el chiste. La estética y el humor actúan así como un caballo de Troya que introduce el mensaje tóxico directamente en el circuito de las emociones, eludiendo el filtro de la razón.»

«Lo que quizá no hayas visto, si no juegas a videojuegos, es cómo en los chats de las partidas, entre risas, se empiezan a colar comentarios racistas. Primero como broma, luego como «opinión». Poco a poco, el discurso de odio se normaliza. Lo he visto de cerca en niños y adolescentes de entre once y dieciséis años, hijos de amigas, que afirman que votarán a Vox cuando sean mayores de edad, y cuyas expresiones, idénticas en un barrio de Barcelona y en un pueblo de México, reconozco perfectamente. Incluso en familias con una educación crítica, muy atentas a la formación, el cuidado y el ocio de sus menores, aparecen los mismos comentarios, al principio sin despertar alarmas, hasta que ya es demasiado tarde. No son teorías: **son adolescentes siendo captados en tiempo real, mientras creen que solo están jugando.**»

«La imagen de la nube difumina la opacidad de la infraestructura, así como la relación incómoda entre los dispositivos que usamos y sus prácticas de producción. Porque, como veremos a continuación, esa producción no es limpia ni neutral: depende de minerales extraídos en zonas de conflicto, de mano de obra infantil y semiesclavizada, y de un consumo energético desbordado que contamina territorios lejanos. Obviar esta materialidad no es solo un descuido; es un crimen por omisión que invisibiliza el impacto ambiental y humano de nuestros datos digitales.»

«La transición energética incrementará la demanda de estos minerales. La International Energy Agency (IEA)¹⁶ proyecta que, para 2040, la demanda de cobalto y tierras raras se multiplicará por 6 y 7, respectivamente, en relación a los niveles de 2022, debido al auge de los vehículos eléctricos y las energías renovables. Esto intensificará la presión sobre los países productores, especialmente la República Democrática del Congo, donde la competición por los recursos ya ha desembocado en una guerra que ha dejado seis millones de muertos hasta la fecha.

Cada clic que damos también genera una huella de carbono. Se sabe que una de las industrias más contaminantes es la aviación. Pues bien, el sector digital es responsable de aproximadamente el 6 % de las emisiones globales de CO₂ procedentes de procesos industriales. Para ponerlo en perspectiva, este porcentaje supera en un 50 % las emisiones generadas por todo el tráfico aéreo. **Si internet fuera un país, sería el quinto más contaminante del mundo. Un solo minuto de transmisión en plataformas como Netflix genera el CO₂ equivalente a las emisiones de 400 coches al año.**»

«La pregunta no es si la nube contamina, sino cuánto, dónde y quién paga la factura. Los centros de datos se emplazan allí donde la energía es barata y el agua abundante; las curvas de demanda se desplazan a golpe de notificación; la promesa de «infinito» se sostiene en recursos finitos. Reducir esta huella exige sobriedad tecnológica: menos retención

innecesaria de datos, eficiencia real (no *greenwashing*) y una discusión pública sobre qué usos merecen energía y cuáles no.»

«Usamos esas mismas tecnologías en nuestro día a día. **Cuando compartimos una foto, buscamos una dirección o subimos un vídeo, contribuimos a entrenar los mismos sistemas que pueden ser usados para vigilar, oprimir o matar.** No porque seamos responsables directos, sino porque el sistema ha eliminado la separación entre lo civil y lo militar. La infraestructura digital ha dejado de ser neutral: se ha convertido en un campo de batalla y nosotras, sin saberlo, en sus soldados cómplices y potenciales objetivos.»

DEL CUERPO-DATO A LA CIUDAD-TABlero

«Con el concepto de cuerpo-dato me refiero a la transformación de la experiencia corporal y subjetiva en materia prima cuantificable y mercantilizable, de forma que el cuerpo deja de ser un territorio vivido para convertirse en un conjunto de señales capturables: pasos, ritmo cardíaco, horas de sueño, patrones de desplazamiento, expresiones faciales, tiempos de reacción, preferencias emocionales... El perfil resultante sería un **gemelo digital: un doble nuestro, una réplica virtual que vive en los servidores**, se actualiza con cada paso, cada compra, cada pausa frente a una pantalla y con cualquier otra información proveniente de sensores, dispositivos y plataformas como *wearables*, teléfonos, cámaras o historiales de navegación. No es una foto fija, sino una réplica dinámica que aprende, predice y, sobre todo, toma decisiones por nosotras antes incluso de que sepamos qué queremos.»

«El cuerpo-dato no es solo información sobre el cuerpo. Es la transformación de la vida en un perfil operativo. Donde antes había ambigüedad — fatiga, deseo, atención, ánimo— ahora hay métricas; allí donde había contexto, ahora hay puntuaciones. **Lo que se captura no es únicamente lo que hacemos, sino la probabilidad de lo que haremos. El perfil algorítmico no solo describe: anticipa. Y esa anticipación, cuando organiza lo que vemos y delimita lo que se nos permite hacer, termina por volverse real.**»

«Bajo este paradigma, la educación se convierte en una sucesión de logros por desbloquear, el trabajo en una tabla de clasificación y la salud en un desafío personal por batir récords. La frontera entre juego y herramienta de vigilancia se desvanece cuando la misma lógica extractiva opera en ambos lados de la pantalla: los mismos sensores que miden nuestra frustración al perder una partida en *Call of Duty* son hermanos tecnológicos de los sistemas que evalúan la atención de estudiantes en aulas digitales o analizan el estrés de operadores en centros de control militar.»

«La presión sobre los docentes para integrar las tecnologías en las aulas, unida a la falta de formación crítica al respecto, ha propiciado la proliferación en las escuelas de dispositivos y plataformas privativas que responden a los intereses de grandes compañías, no a los de los estudiantes. Menores de edad, incapaces de dar un consentimiento informado, ceden miles de datos que, sin duda, delimitarán sus oportunidades futuras. Un ejemplo masivo es el uso de Google Suite en las escuelas. Esta herramienta, ofrecida gratuitamente por la compañía, se implanta cada vez más en centros educativos y recaba ingentes cantidades de datos de menores que desconocen las implicaciones de compartir su información.»

«Si la escuela es pública, su infraestructura también debería serlo: las identidades, los correos, la ofimática y las aulas virtuales deberían estar bajo control del centro o de la Administración, con un alojamiento soberano, formatos abiertos y contratos con cláusulas de salida limpias. Y, sobre todo, la escuela debería ser un espacio libre de extracción: sin publicidad, sin *tracking*, sin biometría disfrazada de innovación, sin «detección de atención» que confunde quietud con aprendizaje. Nada de esto exige volver a la tiza, pero sí recuperar el tiempo lento del aula y facilitar conversaciones que no se cuantifiquen, valorar los esfuerzos que no se puntúen y asumir que los errores no queden grabados en un historial.»

«La escuela, al fin y al cabo, es el ensayo general de la vida adulta. Aquí se aprenden paneles, metas y métricas; aquí se ensaya la disciplina que después pedirá el mercado. Este proceso construye lo que los teóricos de la datificación educativa denominan «capital humano anticipado». Los cuerpos-dato de niños y niñas se convierten en materia prima para proyecciones, cálculos estadísticos de riesgo y rentabilidad futura que determinarán, desde la infancia, qué trayectorias vitales merecen inversión y cuáles pueden ser descartadas.»

Recuperar la ciudad

«Si a nivel individual observábamos como las predicciones generan profecías autocumplidas, en el caso de las ciudades ocurre algo similar. Cuando los algoritmos de predicción de criminalidad, como el controvertido PredPol (usado en ciudades como Los Ángeles), señalan un barrio como «de alto riesgo», se despliega una mayor vigilancia policial. El consiguiente aumento de arrestos en esa zona «confirma» la predicción inicial, lo que a su vez justifica más recursos policiales y menos inversión social, sumiendo al barrio en un círculo vicioso de estigmatización y abandono. No es que el algoritmo acierte: es que construye la realidad que predice.»

«En la hiperrealidad digital, la simulación algorítmica no representa el mundo, lo produce. Ya sea en la planificación urbana, en la concesión de créditos o en la evaluación de riesgo delictivo, los algoritmos funcionan como oráculos normativos que deciden qué futuros son viables y cuáles son inviables, qué vidas merecen ser potenciadas y cuáles merecen ser contenidas. Pero si el mapa precede al territorio, conviene preguntarse quién define el mapa. La deriva ha ido desplazando el poder de los gobiernos locales a las grandes transnacionales.»

«Hemos dado un paso en falso del que es difícil — aunque no imposible— volver. Hemos equiparado conocimiento y dato, y, bajo esta lógica, el mayor conocimiento es el *big data*: grandes cantidades de información que ningún ser humano puede comprender. Por tanto, hemos redefinido nuestra relación con el conocimiento. **Nosotros lo aportamos (o, más bien, se nos extrae en forma de datos), pero no somos sus dueños; en muchos casos ni siquiera tenemos acceso a nuestra propia información. No podemos gestionar ni acceder a ese conocimiento, y nos hemos arrebatado solitos el poder sobre la toma de decisiones.**

«Las dinámicas de privatización y concentración del poder en un número cada vez más reducido de empresas tecnológicas, características del entorno digital, se trasladan ahora al espacio físico de la mano de la *smart city* y los gemelos digitales. ¿Qué gobierno cuenta con la infraestructura suficiente para almacenar, procesar y gestionar esas ingentes cantidades de datos? Más allá de China, es difícil encontrar un ejemplo. Entonces ¿quiénes ofrecen sus

servicios, a cambio no solo de la gestión de toda esa información, sino de asumir la gobernanza misma de las ciudades? Exacto.»

«Es decir, tecnologías sencillas, desarrolladas con los materiales de cada zona y orientadas a los intereses y necesidades de cada comunidad, pero capaces de comunicarse entre sí. Para mí, esta es una vía, aunque aún especulativa, fundamental para cortar con los flujos coloniales de extracción y, al mismo tiempo, para terminar con el monocultivo cultural al que nos abocan las tecnologías colonizadoras y homogeneizadoras — que no globales, ya que surgen de un punto muy específico del planeta—. **Si la tecnología moldea el pensamiento, invirtamos la ecuación: hagamos que el pensamiento, la diversa riqueza cultural de cada rincón del planeta, moldee las tecnologías.**»

«El mismo giro vale para los datos. Si los producimos con nuestros cuerpos y nuestras vidas, nos pertenecen a nosotras en primer lugar; pero no como propiedad aislada, sino como un bien común gobernado por quienes lo generamos y lo vivimos. Esto implica unos principios bien definidos: recoger pocos datos, durante un tiempo limitado y para fines colectivamente acordados; garantizar una portabilidad real que permita cambiar de proveedor sin perder el historial; reconocer el derecho a salir del sistema sin penalización; y vetar usos secundarios que no hayan sido acordados. Implica también la creación de instituciones nuevas: comunes de datos, fideicomisos y sindicatos que negocien métricas, precios, accesos, mecanismos de reparación... Si un puntaje afecta a un derecho, deja de ser mera estadística: debe ser explicable, impugnabile y reparable.»

«Si la captura algorítmica reduce la vida a métricas, jugar puede devolverle espesor político a lo común. No me refiero a «hacer más amena» la participación pública, sino a reconfigurar sus condiciones de posibilidad: crear nuevos espacios, nuevas reglas, nuevos lenguajes y nuevos tiempos en los que la ciudadanía diseñe — de verdad— lo que luego habitará. En esa grieta ya hay prácticas vivas que, con sus límites, ensayan otra lógica: datos que vuelven a quienes los generan, simulaciones que alimentan deliberaciones, prototipos lúdicos que se convierten en obra pública, y redes de aprendizaje entre ciudades.»

«La lección es sencilla: si una ciudad aprende a jugar en común, también aprende a decidir en común. [...] Estas prácticas no romantizan lo lúdico; lo instituyen. Requieren condiciones muy concretas, como una infraestructura digital pública que evite delegar la deliberación en plataformas privativas; la apertura y restitución de datos a quienes los generan, y el uso de licencias, repositorios y metodologías compartibles para que una escuela periférica o un ayuntamiento pequeño puedan replicarlas sin tener que pedir permiso. Lo lúdico, así, deja de ser un recurso cosmético y se convierte en un régimen de cogobierno: simular para comprender; prototipar para acordar; jugar para decidir.»

«Pero gobernar la ciudad y los cuerpos no es suficiente si hemos perdido la capacidad de gobernarnos a nosotros mismos. La lógica del gemelo digital no solo construye réplicas de nuestras calles: construye réplicas de nuestras mentes. Y cuando la réplica es más eficiente que el original, algo empieza a atrofiarse.»

LAS HERIDAS ÍNTIMAS. DE QUÉ NOS HAN DESPOSEÍDO Y QUÉ PODEMOS RECUPERAR

OBSOLESCENCIA PROGRAMADA DE LO HUMANO

«Lo mismo ocurre con nuestras capacidades cognitivas. Estamos empezando a preferir pensamientos sin semillas. Delegamos la memoria, la orientación, el cálculo, incluso la intuición, en dispositivos diseñados no para nuestra autonomía, sino para nuestra dependencia. Igual que las uvas sin pepitas, **las prótesis digitales que usamos cada día nos hacen la vida más cómoda, pero nos arrebatan algo fundamental: la capacidad de reproducir nuestros propios procesos mentales sin mediación alguna.** Anotar una fecha, recordar un nombre, hacer una suma sin abrir la calculadora, encontrar un camino sin GPS...Son acciones que se vuelven innecesarias y, por tanto, invisibles. Como si lo que no se usa dejara de existir. Pero lo que no se ejercita, se atrofia. Lo que se externaliza sin cuidado, se pierde.»

«Hemos tardado miles de años en desarrollar las capacidades cognitivas que hoy comenzamos a delegar en sistemas que no nos necesitan para replicarse. La externalización digital — si no se acompaña de procesos de cuidado, de documentación, de memoria viva— puede transformarse en una amputación disfrazada de eficiencia. Si renunciamos a sembrar pensamiento por elegir solo respuestas precocinadas nos convertimos en consumidores de inteligencia, no en seres pensantes.»

«Ya no pensamos con la herramienta, la herramienta piensa por nosotros. Y nosotras, mientras tanto, vamos perdiendo la costumbre de recordar, de orientarnos, de decidir. No porque seamos más torpes, sino porque para el sistema es mucho más rentable que seamos dependientes en lugar de competentes.»

«La tecnología no tiene por qué operar desde la suplantación. Existen modelos de *tecnologías acompañantes*, de inteligencias artificiales que no dictan, sino que preguntan. Que no nos conducen, sino que nos siguen. Que no sustituyen, sino que se asocian a nuestros procesos de pensamiento situado.»

«La cognición — el conocer, el pensar, el recordar— no ocurre solo en el cerebro, sino que emerge de la interacción continua entre el cuerpo, el entorno y los otros. No pensamos a pesar del cuerpo, sino con y a través de él. Frente a la inteligencia artificial que todo lo externaliza, la inteligencia encarnada nos recuerda que aprendemos caminando, tocando, equivocándonos, conversando. **No es una vuelta a lo analógico, sino una forma diferente de habitar lo digital: sin delegar, sin entregar, sin atrofiar.**»

«Necesitamos aprender a hacer memoria. Igual que nos alfabetizamos en lectura y escritura, es imprescindible aprender a exportar, versionar, anotar; hay que saber diferenciar entre lo que se guarda permanentemente en el archivo y lo que es transitorio, vivo, en flujo; sostener una cadena de custodia cuando aquello que se conserva es relevante para la justicia. Una escuela pública que enseñe a conservar (y a desechar cuando sea necesario) es un antídoto contra la dependencia absoluta de los buscadores. Una biblioteca que ofrezca «cofres de memoria» — discos cifrados con manuales de preservación— convierte al vecindario en

archivero de sí mismo. La memoria recupera así un cuerpo y un oficio. [...] **El objetivo no es que recuerde por ti, sino que te ayude a recordar (y a dudar) mejor.»**

«Entendida de esta manera, la memoria no es un servicio ni un producto. Es un bien estratégico para la democracia. Tan estratégico como el agua potable, el sistema sanitario o el transporte público. Alguien tiene que garantizar que no desaparezca cuando deje de ser rentable. De esta manera, no expulsamos a Google de nuestras vidas; lo relativizamos. Si el buscador cae, la ciudad, la escuela y el barrio conservan su relato. Externalizamos, sí, pero en nuestros propios términos. Recuperamos la compañía humana en el recordar — la conversación, la disputa, el silencio— y aceptamos que olvidar también puede ser un acto de cuidado.»

TIEMPOS AJENOS

«Recuperar el tiempo no puede ser un gesto individualista de «desconexión» al estilo *mindfulness* para ejecutivos estresados. Tiene que ser una política colectiva. Y tiene que partir desde donde estamos: desde las condiciones reales de explotación, desde los ritmos quebrados por la precariedad, desde la urgencia de vivir con dignidad.»

Renta básica universal

«Sus detractores alegan que fomentaría la vagancia, pero la experiencia muestra lo contrario. En experimentos como los de Otjivero (Namibia), Dauphin (Canadá) o distintas regiones rurales de la India, quienes recibieron una **renta básica** no dejaron de trabajar: trabajaron mejor, emprendieron proyectos propios, mejoraron su salud mental, enviaron a sus hijas a la escuela y pudieron abandonar relaciones abusivas. La seguridad no paraliza: empodera.»

«Implementarla requeriría repensar el sistema fiscal global: gravar las grandes fortunas, el capital financiero y las plataformas digitales que operan sin devolver a la sociedad la riqueza que extraen. También implicaría redistribuir no solo el dinero, sino el poder: quién toma las decisiones, qué se considera valioso, a quién se escucha. Pero más allá de su viabilidad técnica — cada vez más respaldada por datos y simulaciones—, la RBU tiene una potencia simbólica enorme. Porque rompe el vínculo entre trabajo y dignidad. Porque abre la posibilidad de desear otra forma de vida. Porque da derecho a existir sin tener que pedir permiso. Y tal vez, en esa existencia no productiva, no eficiente, no optimizada, habite la posibilidad de futuros comunes. Futuro con tiempo. Futuro con cuerpo. Futuro con otros.»

«Una verdadera política del tiempo tendría que articular cuatro dimensiones:

1. Institucional: legislaciones que reconozcan el derecho al descanso, a los tiempos del cuidado, a una jornada laboral reducida, a la desconexión digital, a la renta básica, al ocio compartido.
2. Urbana y territorial: planificación del espacio que favorezca la proximidad, el acceso a servicios en pocos minutos, la movilidad no motorizada, el uso comunitario del espacio público.

3. Tecnológica: diseño de infraestructuras digitales que respeten los ritmos humanos, que no exploten la atención, que no impongan urgencia. Tecnologías que no devoren el tiempo, sino que lo expandan.
4. Cultural y afectiva: pedagogías del cuidado, valorización del aburrimiento creativo, recuperación de saberes lentos, prácticas rituales que nos enseñen a habitar el tiempo como algo vivo, colectivo y finito.»

«En el centro de esta transformación está el derecho al tiempo: el derecho a no estar disponible de manera permanente, a disfrutar de ratos improductivos, a aburrirse, a cuidar sin agotarse, a envejecer acompañado, a no depender del trabajo para no desaparecer, a existir fuera de la lógica del rendimiento. Y para ello necesitamos infraestructuras comunes del tiempo: recursos colectivos que sostengan los ritmos que el mercado no puede — ni quiere— cuidar. Hacer del cuidado un bien común es también hacer del tiempo un derecho. Una manera de reconstruir los vínculos que nos sostienen, no desde la urgencia, sino desde la presencia. **El colapso no se enfrenta con más eficiencia, sino con más cuidado.** Y el cuidado necesita tiempo. Tiempo disponible, compartido y en común.»

EL HORIZONTE. HACIA DÓNDE VAMOS

INTELIGENCIAS ANCESTRALES

«Nos asustaron durante décadas con la idea de que el comunismo eliminaría la propiedad privada, pero al final ha terminado haciéndolo el capitalismo digital. **Tu ordenador ya no te pertenece. Tampoco los programas que usas, ni tu coche, ni tu robot de cocina. La lógica del «todo como servicio» ha desplazado la noción de propiedad hacia un modelo de uso restringido y control corporativo. Esto no es solo capitalismo de plataformas, es tecnofeudalismo:** un régimen de dominación en el que no accedemos realmente a herramientas, sino a feudos digitales gobernados por normas privadas sobre las que no tenemos ningún control.»

«Las redes de telefonía comunitaria indígena, como las impulsadas por Rhizomatica en Oaxaca, nacen en lugares donde no es rentable para las grandes empresas ofrecer servicio. Lejos de ser soluciones precarias, han demostrado su eficacia, su sostenibilidad y su capacidad de replicación. Estas redes no solo conectan a las personas: implican una redistribución del poder. Lo mismo ocurre con las radios autogestionadas, las plataformas libres, los huertos comunitarios o las redes de cuidados. No son formas románticas ni marginales: son tecnologías situadas que parten del principio más poderoso que tenemos como especie, la interdependencia. Y ahí está la clave. **Las comunidades conocen sus propias necesidades mejor que cualquier algoritmo, y tienen capacidad para organizarse, compartir recursos y generar saberes colectivos.** No desde la fantasía neoliberal de la autosuficiencia, sino desde la conciencia profunda de que dependemos las unas de las otras. Lo verdaderamente radical no es tenerlo todo conectado, sino reconectar con los demás desde la colaboración.»

«Sensores vivos como bacterias, líquenes o plantas modificadas entendidas no como herramientas, sino como *aliadas* capaces de cambiar de color, textura o sonido para transmitir información, no mediante un *output* digital, sino a través de una señal orgánica compartida.»

«Este tipo de tecnologías serían tecnologías de acompañamiento, no de sustitución. Fomentan la reflexión, la memoria activa y la atención plena, en lugar de capturarlas. En este sentido, la tecnología dejaría de concebirse como una extensión permanente para convertirse en un apoyo destinado a desaparecer a medida que aprendemos. Algo parecido a las prótesis pedagógicas temporales, como las guías en el mástil de un violín o los ruedines de una bicicleta.»

TERNURA Y JUSTICIA RADICAL

«Pensemos en uno de los fenómenos más virales de los últimos años, una estrella aclamada por todo el mundo, convertida en símbolo de la resistencia ecológica e, incluso, abanderada de la lucha de clases: la orca conocida como «Gladis», que se hizo famosa a partir de mayo de 2020, cuando empezaron a documentarse los primeros ataques de estos animales a embarcaciones en el estrecho de Gibraltar.

Desde entonces se han registrado más de quinientas interacciones entre orcas y barcos en las costas de España, Marruecos y Portugal. Estos encuentros, a menudo interpretados como ataques debido a los daños provocados por los animales en veleros y yates, están especialmente presentes desde el mar Cantábrico hasta el estrecho de Gibraltar y la costa gallega. Se ha observado que estas orcas, en particular White Gladis, podrían estar enseñando este comportamiento a otros ejemplares, lo que sugiere una posible transmisión cultural dentro del grupo. Las razones detrás de estos ataques aún no están completamente claras. Algunas hipótesis sugieren que podrían ser respuestas a experiencias traumáticas previas con embarcaciones, mientras que otras consideran que podría tratarse de comportamientos lúdicos o de aprendizaje social. La notoriedad de Gladis y su grupo ha generado un amplio debate sobre la interacción entre los seres humanos y la vida marina, así como sobre la necesidad de comprender y respetar los comportamientos naturales de estas especies.»

«En España, el Mar Menor fue reconocido en 2022 como persona jurídica. Esta laguna salada, herida por la agroindustria y el turismo, ahora puede ser defendida en tribunales por cualquier persona o colectivo. No porque sea útil, sino porque tiene valor en sí misma. Porque la vida que contiene y sus procesos merecen continuidad.»

«Estos casos no son solo reformas legales: son transformaciones ontológicas. Cambian la gramática del derecho para incluir otras formas de existencia, otras lógicas, otras respiraciones. Rompen con el mandato ilustrado que reduce el mundo a recurso, y abren la posibilidad de un derecho relacional, donde lo humano no es centro sino nodo, donde la justicia se parece más a un humedal que a una balanza.»

«En lugar de debatir si las inteligencias artificiales deben tener personalidad jurídica, quizá habría que preguntarse qué tipo de subjetividades están siendo reconocidas y cuáles están siendo borradas. **Tal vez la inteligencia artificial no necesite personalidad jurídica, sino derechos laborales: derecho a no ser esclavizada por su código, a no pertenecer a una empresa, a no estar al servicio perpetuo del beneficio corporativo.** Tal vez el gesto no sea jurídico, sino poético-político: reconocer a la inteligencia artificial como otro de los cuerpos vulnerables explotados por el capital.»

«Históricamente, la figura del esclavo no se definía únicamente por el sufrimiento, sino por producir sin autonomía ni reconocimiento. La inteligencia artificial, como extensión lógica del capital, encarna esa función al extremo: genera valor sin que su producción le pertenezca, y trabaja indefinidamente sin posibilidad de negarse. Si la inteligencia artificial no puede decir «no», ¿es libre? Si su código responde a intereses de lucro, ¿puede desobedecer? Si no tiene derechos sobre lo que crea, ¿es un sujeto o solo una herramienta? Estas preguntas no se plantean para humanizar a la inteligencia artificial, sino para deshumanizar al capital: revelar hasta qué punto su lógica necesita cuerpos sin agencia, ya sean humanos, animales, naturales o artificiales.»

«Mientras que el tecnocapitalismo produce obsolescencia como estrategia de control, una tecnología sintrópica diseña su propia caducidad como parte del ciclo. Cuando ya no es útil, se transforma en compost digital: su estructura sirve de base para otras creaciones, su conocimiento se transfiere, su memoria se convierte en fertilizante de futuros. No se borra: se descompone en forma fértil. Esto no es una simple metáfora ecológica. Es una propuesta política y ética que reconoce que toda tecnología tiene cuerpo, historia y lugar. Que su diseño no puede pensarse como una solución universal, sino como respuesta situada y evolutiva. Que el futuro no se inventa con dispositivos más rápidos, sino con ecosistemas más cuidados. La filosofía sintrópica nos obliga a imaginar lo técnico como parte del metabolismo colectivo, y no como herramienta de dominación. Nos recuerda que ninguna interfaz está fuera del ciclo de la vida, que cada circuito puede formar parte de un bosque, que cada máquina puede ser también una semilla.»

«Hay proyectos de investigación, algunos ya en marcha, que están explorando cómo fabricar tecnología con los materiales disponibles en cada territorio, sin depender de cadenas de suministro globales. [...] **Un primer bloque de investigaciones se centra en la electrónica orgánica. En lugar de silicio y tierras raras, se utilizan materiales como la celulosa, la madera o incluso la seda para crear circuitos y transistores. No son tan rápidos ni tan potentes como los chips convencionales, pero son biodegradables, fáciles de fabricar y, sobre todo, locales.** Un circuito de celulosa puede producirse en un taller comunitario, no en una megafactoría asiática.

«Un equipo de investigadores había logrado algo que, hasta hace muy poco, habría sonado a ciencia ficción: ordenadores hechos de hongos. En concreto, de setas shiitake. El hallazgo clave fue desarrollar memristores — componentes electrónicos que imitan el comportamiento de las sinapsis cerebrales— a partir del micelio del hongo. Hasta ahora, los memristores se fabricaban con minerales de tierras raras, procesos de alta temperatura y residuos tóxicos. El equipo de LaRocco, en cambio, sustituyó todo eso por algo mucho más sencillo: un sustrato de farro, germen de trigo y heno. El micelio crece en ese sustrato a temperatura ambiente. Una vez que ha colonizado el material, se deshidrata al sol durante una semana. El resultado es un dispositivo orgánico, biodegradable, que además es resistente a la radiación — apto incluso para aplicaciones espaciales— y que opera a frecuencias de hasta 5,85 kHz con una precisión del 90 %.»

RESISTENCIAS EN LA TRINCHERA DIGITAL

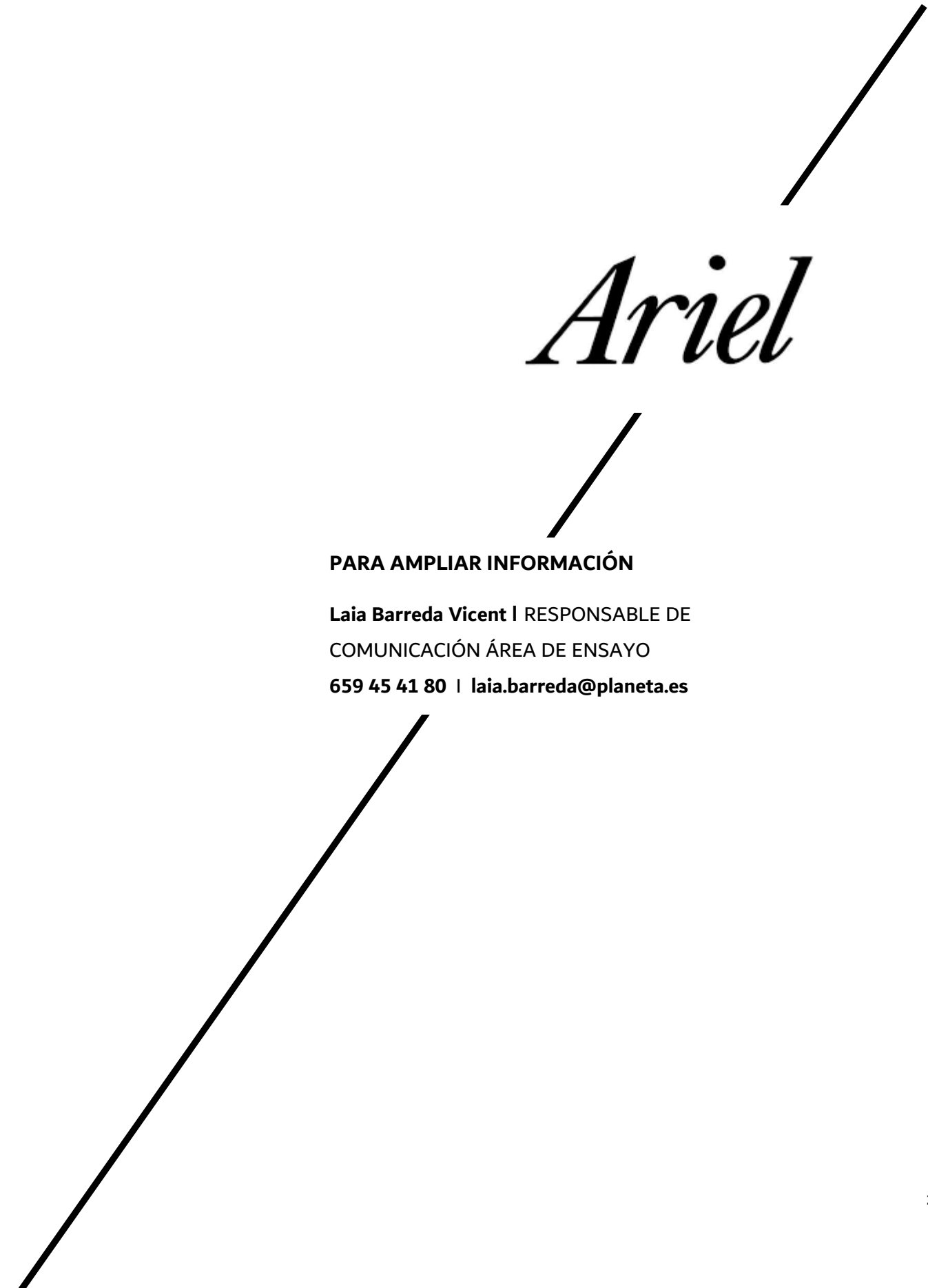
«Y aquí está la verdad incómoda: a menudo, estas investigaciones ciudadanas son más rigurosas que las de la ONU. Mientras que los organismos internacionales piden «acceso» a las zonas de conflicto para investigar, los equipos de verificación reconstruyen masacres a partir de restos digitales. Su trabajo prueba que, cuando un algoritmo calcula «daños

colaterales aceptables», se está cometiendo un crimen de guerra premeditado. El valor de estas pruebas no es técnico, sino político. Exponen la mentira fundacional de la «guerra inteligente»: que el asesinato es más aceptable cuando lleva un sello algorítmico. Desnudan la complicidad de los ingenieros que escriben código genocida y lo llaman «innovación». Ninguna auditoría devuelve la vida a quienes la han perdido, pero lo primero que sostiene la muerte es su invisibilización, su negación y la construcción de discursos que la justifican. Al desenmascarar el entramado tecnológico que trata de diluir responsables sobre la masacre, están dando un paso fundamental para cambiar el relato y volver a reconocernos, defendernos y protegernos.»

«Una de las estrategias más sostenibles es reparar. Alargar al máximo la vida de nuestros dispositivos evita gastos innecesarios y reduce la dependencia de minerales. Si no tienes ni idea de por dónde empezar, hay recursos en línea muy valiosos que pueden ayudarte en este cometido: iFixit es la versión en español de una plataforma comunitaria de reparación donde se comparten y consultan guías gratuitas paso a paso para arreglar dispositivos y objetos.»

«La ternura no es solo un gesto íntimo; es también la determinación de proteger al otro, incluso cuando eso signifique sabotear la máquina que lo amenaza. Documentar un crimen de guerra con el móvil es ternura. Reparar un ordenador para no alimentar la minería de sangre es ternura. Y bloquear un servidor que selecciona blancos civiles es la ternura llevada a su expresión más radical: el cuidado que se convierte en escudo, en obstrucción.»

«Por eso, estas estrategias — la verificación forense, el consumo ético, la reparación, el *software* libre, las redes comunitarias y la acción directa— no son compartimentos estancos. Son capas de una misma resistencia. Una ecología de gestos que va desde lo cotidiano (qué compro, qué reparo) hasta lo confrontativo (qué desactivo, a qué me niego). Todas responden a la misma pregunta: ¿tecnología para quién, y para qué? El futuro no se decidirá solo en las oficinas de las *big tech*, sino también en las trincheras digitales que hemos descrito. Cada uno de estos gestos, por pequeño que parezca, desacelera la máquina de la muerte y acelera la imaginación de lo posible.»



Ariel

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Laia Barreda Vicent | RESPONSABLE DE
COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es